

Avances en las negociaciones del TLC: el problema de las asimetrías y desigualdades crecientes

Elaine Levine*

Al revisar los avances en las negociaciones del Tratado de Libre Comercio (TLC) entre México, Estados Unidos y Canadá hay un aspecto que brilla por su ausencia ¿cómo enfrentar los inevitables problemas provocados por las grandes asimetrías entre México y sus dos futuros socios? Considero que esta cuestión cobra aún más importancia a la luz de las enormes y crecientes desigualdades al interior tanto de México como de Estados Unidos, que son el resultado de las respectivas variantes de políticas económicas neoliberales practicados desde hace algunos años en ambos países.

México está geográficamente unido a Estados Unidos por una frontera común de tres mil kilómetros, pero la barrera que separa a un país pobre —a pesar de nuestra enorme riqueza natural, humana y cultural— del país más rico del mundo, ha sido hasta ahora infranqueable. El Producto Interno Bruto (PIB) estadounidense es aproximadamente 30 veces mayor que el mexicano. Puesto que la población de aquél país es tres veces más numerosa, el producto por habitante supera la nuestra 10 veces. Esto se traduce en niveles de alimentación, vivienda, educación, salud, productividad, en fin, de vida en general, muy superiores a los que prevalecen en México.

En el ámbito comercial resalta el hecho de que aun cuando México sea el socio número tres de su vecino, el monto de nuestro intercambio es muy por abajo del nivel de comercio que sostiene Estados Unidos con Japón o Canadá. México provee alrededor del 5% de las importaciones estadounidenses y absorbe a su vez aproximadamente el 6.5% de las exportaciones del país vecino. Pero, para nosotros, el intercambio con Estados Unidos significa más de dos tercios de nuestro comercio internacional. Además, este flujo de

bienes y servicios constituye el 8 o 9% del producto nacional mexicano y apenas el 0.5% del producto estadounidense.

Los productos agrícolas y pesqueros mexicanos como frutas y hortalizas, atún, camarón y otras especies complementan la dieta estadounidense, mientras que México depende cada vez más de las importaciones de granos básicos para apenas mal alimentar su creciente población. En nuestro país más del 17% de la población económicamente activa se dedica todavía a labores agrícolas en comparación con menos del 1.7% de la población económicamente activa del país vecino. Sin embargo, la productividad estadounidense rebasa la nuestra enormemente, por consiguiente los 2.7 millones de personas que se dedican a labores agrícolas en Estados Unidos producen aproximadamente seis veces más, en términos del valor de los productos, que los 5.3 millones de mexicanos que realizan este trabajo.

Hay grandes diferencias entre la estructura y la capacidad productiva mexicanas y las de sus vecinos y por lo tanto diferencias en la estructura y la estrategia comercial y en el papel que juega el sector externo en cada una de las respectivas economías nacionales. Me parece que la gran asimetría que existe entre México y sus futuros consignatarios del TLC amerita mucho más atención puesto que es un hecho que se redimensiona a la luz de las crecientes desigualdades que se han gestado en años recientes tanto al interior de Estados Unidos como de México.

En Estados Unidos uno de los resultados más significativos de los últimos 12 años de política económica neoliberal —que incluye el periodo más largo de crecimiento ininterrumpido, en tiempos de paz, de la posguerra, 1983 a 1989— es una mayor desigualdad en la distribución del ingreso. Entre 1979 y 1989 el porcentaje de la población con ingresos altos, definidos como más de dos veces mayores que el ingreso medio, aumentó del 11.9 al 14.7% de la población mientras que la proporción de personas con ingresos bajos, menos de la mitad del ingreso medio, creció del 20.0 al 22.1% de la población. La distribución de la riqueza acumulada es mucho más desigual aún.¹

Durante el mismo lapso arriba señalado, la incidencia de la pobreza se incrementó no sólo en términos absolutos sino también

* Investigadora del Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.

¹ U.S. Department of Commerce, *Trends in Relative Income: 1964-1989*, U.S. Government Printing Office, Washington, D.C., 1991, pp. 2-3.

relativos. Según datos oficiales la incidencia de la pobreza en 1979 era del 11.7%, que significaba casi 26.1 millones de personas; en 1989 había 31.5 millones de personas con ingresos por debajo del nivel de pobreza, es decir el 12.8% de la población. Esta situación se ha agudizado aún más a raíz de la última recesión. Al finalizar el año 1990 se registraban 33.5 millones de pobres, que representaban el 13.5% de la población.²

Otro hecho desconcertante es que mientras la pobreza entre las personas de edad avanzada ha disminuido sistemáticamente, aun durante los últimos 10 años, este es el único grupo que ha tenido tal suerte. En cambio, para los niños y jóvenes menores de 18 años la pobreza ha crecido marcadamente, a partir del punto bajo del 14.4% que alcanzó en 1973, hasta llegar al 20.6% en 1990. Para la quinta parte de la juventud estadounidense el sueño americano es más bien una pesadilla de privaciones. Pero llama la atención que de cada 100 niños de origen hispano 38 son pobres, como lo son 44 de cada 100 niños negros frente a solamente 10.7 niños de cada 100 niños blancos viven en la miseria.³

Un estudio realizado por el *Ways and Means Committee* de la Cámara de Representantes de Estados Unidos, asevera que el 49% del incremento en la pobreza que se dio entre 1979 y 1989 se debe a cambios en la política de ingresos y egresos del gobierno: 13% corresponde a cambios en los programas de seguros gubernamentales, 30% se explica por cambios en los programas de asistencia pública y 6% resulta de cambios en la estructura impositiva a nivel federal. Según la misma fuente, el crecimiento de la población explica 38% del incremento en el número de pobres, mientras que cambios en los ingresos percibidos en el mercado contrarrestan el incremento en un 13%. El 26% restante del incremento se debe a otros factores demográficos no especificados.⁴

Entre estos otros factores pesan seguramente el rápido crecimiento de la población estadounidense de origen hispano —de la cual el 28.1% se encuentra actualmente en la pobreza— y el gran incremento en el número de unidades familiares encabezadas por

² *Committee on Ways and Means of the U.S. House of Representatives, The Green Book 1991, U.S. Government Printing Office, Washington D.C., 1991, pp. 1137-8.*

³ U.S. Department of Commerce, *Poverty in the United States: 1990*, U.S. Government Printing Office, Washington, D.C. 1991, p. 15.

⁴ *Op. cit.*, p. 1179.

mujeres. El promedio de los ingresos de las mujeres alcanza sólo el 60% de las percepciones de los hombres en puestos de trabajo equivalentes. A la vez que las mujeres y los negros han logrado acceso a muchos tipos de empleos que anteriormente les habían sido negados, han surgido en la práctica nuevas segmentaciones del mercado laboral de acuerdo con diferenciaciones étnicas y raciales.

Por otra parte, un empleo de tiempo completo con un ingreso del salario mínimo no es suficiente para sacar de la pobreza a una familia de tres personas. Además, los históricamente altos niveles de desempleo que han prevalecido a lo largo de la década pasada y lo que va de ésta no permiten que todas las personas que quisieran trabajar lo puedan hacer.

Lamentablemente todos los índices de privación y marginación se manifiestan con mayor agudeza entre las minorías étnicas y raciales. Varios observadores y analistas afirman que muchos de los barrios de los negros y de los "latinos" constituyen verdaderos enclaves tercermundistas dentro de Estados Unidos. Para estos sectores de la población la vivienda y las escuelas son inferiores, la deserción escolar es más frecuente, los salarios son más bajos, el desempleo es más alto y la incidencia de la pobreza es mayor.

No es casual que los disturbios raciales y las manifestaciones violentas —que se desataron a principios de mayo en varias ciudades estadounidenses por la absolución de los cuatro policías que un año atrás habían golpeado brutalmente a Rodney King, un negro— sirvieron como pretexto, particularmente en California, para hostigar a muchas personas de origen hispano. Los hispanos, más que cualquier otro grupo, comparten con los negros la desgracia de encontrarse entre los más pobres dentro del país más rico.

Este es un hecho innegable que debe de llamar la atención a ambos lados de la frontera. El grupo más numeroso de la población hispana en Estados Unidos son los de origen mexicano quienes constituyen alrededor del 60%. El grave deterioro en los niveles salariales en México durante la última década fue un factor que impulsó no solamente la emigración legal sino sobre todo la emigración ilegal, no obstante todos los peligros y las vejaciones que ella conlleva.

Nunca se ha podido precisar el número de personas que cruzan la frontera ilegalmente en algún periodo de tiempo determinado. Sólo existen cifras como el número de deportados en un

momento dado o el número de muertos bajo ciertas circunstancias, que sirven apenas como atisbos de la verdadera magnitud del fenómeno. Sin embargo, es innegable que el flujo migratorio hacia "el otro lado" ha constituido una válvula de escape muy importante para el desempleo y el descontento de este lado de la frontera. A su vez el dinero que remiten los emigrantes constituye un ingreso muy considerable para sus familiares y una fuente de divisas nada despreciable para el país.

Aun cuando un empleo con el salario mínimo no es suficiente, como ya hemos señalado arriba, para sacar a una familia de tres de la pobreza en Estados Unidos, significa un ingreso aproximadamente seis veces mayor que el salario mínimo mexicano. Esta diferencia resulta aún más significativa cuando se considera que la gran mayoría de los empleos en aquel país, aun los más mal remunerados, rebasan el salario mínimo, y que en México aproximadamente el 25% de la población percibe ingresos equivalentes a un salario mínimo o menos, el 62% recibe dos salarios mínimos o menos y alrededor del 78% de la población reciben ingresos equivalentes a tres salarios mínimos o menos.⁵

En otras palabras, cerca del 80% de la población mexicana tiene ingresos anuales que no llegan a más de la mitad del salario mínimo estadounidense. Además, se calcula que el poder adquisitivo de los salarios en México se ha deteriorado en alrededor del 66% a lo largo de los últimos 14 años.⁶ Por otra parte esta terrible disminución del salario real mexicano logró para nuestro país, en los últimos años de la década de los ochenta, el dudoso honor de tener los salarios más bajos del mundo.

Precisamente son los salarios bajos que constituyen una de las pocas verdaderas ventajas comparativas de México. Muchos empresarios estadounidenses están ansiosos por poder aprovechar los bajos salarios mexicanos para abatir sus costos y así recuperar algo de su competitividad menguante en el mercado internacional. México, por su parte, está deseoso de atraer más inversión extranjera. Los funcionarios, tanto estadounidenses como mexicanos, han afirmado reiteradamente que con el Tratado habrá más inversiones, más empleos y más ganancias a ambos lados de la frontera. En

⁵ Mario Zepeda, "México: caída salarial y nivel de ingresos", Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista, A.C. Revista *Memorias*, núm. 41, abril de 1992, p. 22.

⁶ *Ibid.*, p. 20.

México hay expectativas de que el nivel salarial y de vida aumente, mientras que los trabajadores de Estados Unidos temen la pérdida de puestos de trabajo y de ingresos.

México, a través de su incorporación al TLC de América del Norte, quisiera repetir la experiencia española con la Comunidad Económica Europea (CEE) sin tomar en consideración que el proceso de nivelación de la economía española con las de los otros países europeos ha sido el resultado de un esfuerzo decidido, encaminado a ese fin por parte de la Comunidad en su conjunto, a lo largo de unos 20 años. En el caso nuestro no existe tal cosa.

Es más, la cuestión de la movilidad de la mano de obra ha sido explícitamente excluida por parte de Estados Unidos, por razones políticas internas, con la aceptación tácita de México, mientras que persisten las presiones estadounidenses, directas e indirectas, para negociar en torno al petróleo mexicano. Ésta es una muestra más de las grandes asimetrías entre los dos países, que se manifiestan también en la mesa de las negociaciones, en las capacidades respectivas de cada país para defender sus propios intereses. Por consiguiente, y sin negar las perspectivas de crecimiento que ofrece el TLC, es probable que crezcan también las desigualdades, sobre todo las que persisten al interior de cada país.